



Radu BELIGAN, Rumania, 1977

Actor muy relevante de teatro, nació en Rumania en 1918. Premio de la Academia Rumana en 1997; Premio de la Academia de Florencia en 1980; ganador del Trofeo “Eugene Ionesco” en 1999.

Es bien conocido: la dignidad humana obtuvo a través del teatro uno de sus primeros testimonios, un testimonio que en su lucha contra la violencia y la opresión no puede ser dictado por nadie.

Es bien conocido: en todas las artes, es sobre el escenario donde se pueden ver, entender y comprender los asuntos de la conciencia. Lo que la construye y lo que la impulsa. A la protesta, al sufrimiento, a la necesidad de afirmar un sentido, un equilibrio en el mundo.

Es bien conocido: es en el teatro donde el hombre ha aprendido a verse así mismo. Con sinceridad, cara a cara. Ha aprendido a escrutarse, a sentirse culpable, a asumirse y a superar sus límites. Y a comunicarse con sus semejantes en la emoción, a demostrar que un hombre, un solo hombre, es un universo entero, a probar que el hecho más insignificante frecuentemente lleva en sí una inmensa carga dramática.

Pienso en el rumor, en la vibración, en la tensión terrible de la espera por la subida del telón, esa espera que literalmente induce en el espectador el zarpar a nuevos rumbos, hoy igual que hace miles de años. Pienso en los incidentes que nos parecen insignificantes en la vida cotidiana pero que una vez puestos en escena adquieren una dimensión que se nos pasa. En un solo tema se reúnen la inteligencia, la sensibilidad y el espíritu creativo. En ese instante, las barreras que separan a los espectadores entre sí se derrumban. Público y actores se convierten en un mundo solidario. Un planeta que reúne a las naciones con sus hijos innumerables. En ese instante sabemos sin duda posible que existen puntos y aspiraciones comunes. Nos oponemos totalmente a aquello que nos aparta; la gran familia humana confronta su deber de cooperar, confronta la necesidad de dar respuesta a los problemas que asaltan al globo entero. En ese instante, nonos dejamos ya manipular, ni poseer, ni oprimir. En ese instante comprendemos, participamos, actuamos. En ese instante somos nosotros mismos, plenamente nosotros mismos.

Y es un privilegio. Un privilegio que el teatro comparte con las otras formas culturales. Gracias a ese privilegio, el teatro puede presentir, invocar y acelerar ciertas visiones portadoras de avance. Gracias a él, el teatro ha podido estar presente en la vanguardia de la historia. Y siempre gracias a él, los pueblos se han abierto unos a otros, edificando puentes y compartiendo sueños de un mundo justo y mejor.

Es esta la vocación del teatro. Y es esta nuestra vocación de seres humanos. Es la razón de que estemos aquí. Y es la razón por la que el público y actores esperan juntos la subida del telón.